

ronales de Uruga, y entre estos nombres el lugar en que estaba su firma, es decir, la firma del general D. Julió García.

—Tenia la noticia, le dije casi temblando, seguro de que iba á dar á la cárcel; pero no habia llegado á mis manos el impreso.

—Pues esta firma es suplantada, agregó lleno de cólera; yo no he dado mi consentimiento para que se ponga al pié de ese manifiesto. . . . yo no he contraído compromiso formal con el general Uruga. Lo autorizo á vd. para desmentirlo inmediatamente por la prensa.

Salí de allí ebrio de alegría. A cuantos amigos me encontraba por la calle les decia alborozado:

—¡Victoria! ¡Victoria! El gobernador de Colima no es traidor.

El general Uruga, que por un momento se sintió alborozado, demostró no solamente mucho patriotismo, sino seriedad de ánimo y una resolución inquebrantable, digna del mayor elogio; sin contar con nada en medio de todo el poder de dicho general, decidido á ir á la cárcel por el todo. Corona, que sin contar su quietud ni con el pequeño número de las fuerzas que mandaba, habia una vez de virtud, comprendida solo por los que estaban en el teatro de los sucesos, desmintiendo todo lo que habia dicho en el manifiesto, habia osado sin contar con su voluntad hacer aparecer su firma entre las que cubrían el manifiesto, proclamando á la vez sus convicciones eran muy diferentes.

#### DESCONCIERTO.

La mayoría de los jefes que estaban á las órdenes de Uruga, formando el Ejército del Centro, fuera por temor ó porque creyeran de buena fé que su conducta solo importaba un *pronunciamiento* contra el gobierno general, siguieron obedeciéndole; pero otros, ó más perspicaces, ó más independientes, ó más patriotas, lograron sustraerse de la falsa posicion en que se les ponía. El general Arteaga con la cuarta Division que tenia bajo su dependencia, se situó en Tapalpa ocupando otros puntos de la sierra en actitud amenazadora. Las fuerzas de Colima estuvieron vacilantes sólo mientras se descubrió la incógnita por medio de una orden general de la plaza, en la que se les hacia saber que la firma del gobernador que aparecia en el manifiesto de Uruga, habia sido audazmente suplantada. Corona, en circunstancias tan di-



ficiles, demostró no solamente mucho patriotismo, sino serenidad de ánimo y una resolución inquebrantable, digna del mayor elogio: sin contar con nada, en medio de todo el poder despótico de que estaba haciendo lujo el general en jefe, decidido también á jugar el todo por el todo. Corona, digo, sin contar siquiera ni con el pequeño número de las fuerzas que mandaba, dió una muestra de virilidad, comprendida solo por los que estaban en el teatro de los sucesos, desmintiendo frente á frente al general Uraga que habia osado sin contar con su voluntad hacer aparecer su firma entre las que calzaban el manifiesto, proclamando á la vez qua sus convicciones eran muy diferentes.

Uraga, que por un momento se sintió anonadado bajo el peso de aquel mentis público, recobró á poco no su serenidad que no la conocia, sino su carácter altamente irascible y violento, mandando que sin formalidad de ninguna clase fuera Corona aprehendido y pasado por las armas. La orden no fué cumplida inmediatamente y Corona tuvo tiempo de escaparse con un puñado de amigos que quisieron seguir su suerte, en una escursión que iba á presentarse erizada de peligros.

Tomaron el rumbo del canton de Tepic, burlando á veces la vigilancia de los destacamentos imperialistas que estaban apostados por todas partes ó empeñando pequeños combates que dejaban marcadas con sangre las huellas de su paso. El proyecto temerario casi, que se habian propuesto realizar, era internarse al Estado de Sinaloa pasando por los dominios de D.

Manuel Lozada, que era el mayor enemigo que tenia entonces Corona, y enemigo que no pedia ni daba cuartel. Ayudados en parte por el conocimiento que tenian del terreno, pero siempre venciendo las dificultades que se encontraban dia y noche, lograron, los que formaban aquel pequeño grupo de combatientes, abrirse paso por entre las fuerzas de Lozada, alcanzando llegar sanos y salvos á los límites del canton de Tepic en donde ya pudieron encontrarse con otros amigos y descansar de las penalidades de aquella ruda travesía. Este hecho se tuvo entonces con justicia, como una hazaña digna de los tiempos heroicos.

Con estas desgraciadas peripecias, el Ejército del Centro comenzó á decaer rápidamente. Al dar Uraga aquel golpe de Estado tenia ya á sus órdenes más de quince mil hombres medianamente moralizados, bajo la influencia de su nombre guerrero: á la sazón no habia en la plaza de Guadalajara ni dos mil franceses. Ahora bien, ¿no le habria sido fácil conseguir allí una victoria que le hubiera llenado de prestigio levantándolo más que lo él se figuraba por medio de las mezquinas intrigas que estaba poniendo en juego? Bien es verdad que se hallaba hasta tal punto alucinado que creyó poder contar con la opinion de toda la República: así lo dijo en sus boletines.

El desengaño no se hizo esperar mucho, pues que ni mereció los aplausos de nadie, ni hizo brillar sus armas en Guadalajara donde se le presentaba un campo espléndido para la victoria, ni siquiera pudo seguir conservando unido su Ejército.



Se habían pasado ya varios meses en la más punible inactividad, gastando los recursos de los pueblos de Jalisco y Colima que estaban al alcance de su brazo, y gastando como lo sabia hacer Uraga, á manos llenas, de tal suerte que habia llegado el momento de que estuvieran completamente agotadas todas las fuentes, de que ya no pudieran sacar un real más los colectores y de que por fin no hubiera con que seguir alimentando á aquel ejército. Entonces apeló á un recurso eficaz en la apariencia, con el cual queria verse revestido de mayor poder. Convocó á los generales y gobernadores de tres Estados á una junta que debía verificarse en Zapotlan: hubo algunos que concurrieron creyendo que el general en jefe, arrepentido de su conducta, estaba ya dispuesto á volver sobre sus pasos.

¡Vana esperanza! Lo que pedia Uraga era que se le dieran facultades extraordinarias en todos los ramos y obtener así un voto de confianza. Su plan era tener por ese medio á los pueblos y sus gobernadores, lo mismo que á los hombres políticos que estaban á su alcance, para entregarlos al emperador.

La intriga fué pronto descubierta ó por lo ménos sospechada. Uraga estaba ya comprometido con el Imperio y solo esperaba un momento propicio para consumir la traicion. Se supo en todo su campo, lo mismo que en Colima, que el canónigo Caserta de Guadalajara, eficazmente ayudado por los Gomez Farias, agentes imperialistas, habia persuadido á Uraga de la conveniencia de pasarse á las filas enemigas con todo y bagages, una vez que iba á ser de su parte inútil toda resistencia reducido al extremo en que se encon-

traba. La indignacion general empezó á buscar respiraderos en el seno mismo del ejército, los jefes no tardaron en entenderse y los aceros se aprestaban á salir ya de las vainas para atravesar el corazon del general Uraga. Este, á quien quedaban algunos amigos leales que habia favorecido en otras épocas, tuvo conocimiento de la conspiracion que se tramaba, y en la misma noche en que iba á ser depuesto del mando y á sufrir tal vez un castigo ejemplar, emprendió la fuga arrastrando consigo á muchos que hasta entonces habian sido buenos patriotas y que despues lloraron el exceso á que los habia llevado su condescendencia con lágrimas de sangre.

Bien es cierto que las frentes manchadas con la traicion han pretendido posteriormente levantarse activas como si aquel nefando crimen hubiera sido un pasatiempo disculpable; pero tambien es verdad que ese negro borron no ha llegado á disiparse á pesar de la clemencia de los gobiernos, y que siempre la conciencia pública ha estado señalando con el dedo á los hijos espúreos de la patria, sintiendo ellos mismos el rubor que causa un anatema inextinguible.

La escena cambió de aspecto con la fuga de Uraga: el ejército quedaba sin su general en jefe y era preciso que alguno le sustituyera. Correspondia por derecho este título al general Miguel Echegaray, que no solamente era el más antiguo, sino el segundo en el mando. No tenia que hacer otra cosa más que dictar sus órdenes que en aquellos momentos de transicion tenian que ser obedecidas....

—Señores, dijo á los jefes de las brigadas y divi-



siones reunidos en su alojamiento, renunció terminantemente al puesto que por la desaparición del general Uraga me corresponde. Públicas fueron las consideraciones con que este me distinguió: por mi parte he sido su más leal amigo y hubiera defendido en esta noche á costa de mi sangre su existencia. Sabía que estallaría un complot y estaba dispuesto á defenderle. Creo que bastará esta franca declaración para que vdes. me releven del compromiso. Quiero seguir prestando aquí mis insignificantes servicios, pero me moriría de pena si la amistad que me ha ligado al general Uraga, fuera un motivo de desconfianza. Renunció al cargo de general en jefe.

Uno de los coroneles perteneciente á la brigada de Herrera y Cairo tuvo la valentía de decir:

—Propongo para general en jefe al general Arteaga.

Estallaron los aplausos en la reunión.

El general Echegaray quiso que terminara pronto este incidente, exclamando con tono firme, lleno de dignidad:

—Está bien: reconozco por mi jefe al general Arteaga.

Fué tanto más noble este rasgo, cuanto que nadie, y menos Echegaray, tenía idea ventajosa de la pericia militar del general Arteaga. Se sabía que era democrata de corazón, patriota sin mancha y valiente hasta la temeridad; pero esto no era lo que principalmente se necesitaba por el momento, cuando tantos mexicanos se veían allí reunidos con idénticas virtudes.

En la misma noche se pusieron extraordinarios al general Arteaga comunicándole su nombramiento y al día siguiente se presentó en el campo acompañado de sus ayudantes.

Fué saludado con entusiasmo y entró desde luego en el ejercicio de sus funciones.

Penosos, sobremanera penosos fueron los días que siguieron para el patriota general Arteaga, que, lleno de buenas intenciones, quería recuperar á fuerza de actividad aquel precioso tiempo que se había perdido.

La primera dificultad, dificultad inmensa que no podía salvarse sino á fuerza de exacciones, era la falta de recursos. Los pueblos estaban exhaustos.

Después de eso, Uraga había sembrado el germen de la discordia en el ejército y seguía sembrándola por medio de cartas alhagadoras que dirigía á los jefes y simples oficiales, incitándoles á pasarse á las filas imperialistas en donde encontrarían, al lado de todas las consideraciones personales, la mayor abundancia.

La desconfianza más profunda se enseñoreó entre las filas republicanas: los jefes principales del ejército se veían con ojeriza y se acusaban unos á otros de desleales: nacieron aspiraciones y odios que antes no existían: no había uno que no fuera sospechado de estar en connivencia con la traición: aquel campo se convirtió en un infierno.

Arteaga tuvo que reunir á los principales jefes para dirigirles una enérgica amonestación que terminó con estas palabras:

—Señores: quiero que de una vez tengan fin las reprimendas y el escándalo. De hoy en adelante, sean



coroneles y aun generales los que no cumplan con su deber, sea quien fuere el que promueva faltas á la disciplina en el ejército, tendré bastante energía para mandarlos pasar por las armas. Yo autorizo á vdes. para que hagan lo mismo conmigo si mi conducta no es la de un soldado leal de la patria.

La mirada centelleante de aquel valiente, impuso á todos y salieron de allí resueltos á sofocar, por algunos días aunque fuera, sus resentimientos.

## CAPITULO V.

### MISION DIPLOMATICA.

Vieron los que rodeaban al general Arteaga que estaba como un leon hambriento deseoso de encontrar á alguno en quien hundir la terrible garra y le designaron una víctima.

Esta víctima fué el general Julio García gobernador y comandante militar de Colima.

—Es íntimo amigo de Uraga, le dijeron, conserva con él secretas relaciones, está vendido al imperio.

Arteaga contestó:

—Le cortaremos las uñas.

Y habia dispuesto quitarle el mando de la brigada que estaba á sus órdenes y nombrarle un sustituto como gobernador. Despues supe que ese sustituto era yo: el mismo general Arteaga lo puso en mi conocimiento un poco más tarde.